

Movilidad social y reproducción intergeneracional de la desigualdad en el Oeste de la Ciudad de Mendoza: Una aproximación a sus componentes demográficos.

Anabel Fresia Raddino

FCPyS- Universidad Nacional de Cuyo

E-mail: anabelraddino@gmail.com

Mesa temática N° 36 “Mendoza: tierra de desigualdades estructurales y conflictos sociales”

Disciplina: Sociología- Demografía- Geografía Urbana

Palabras clave: movilidad social- segregación residencial- desigualdad social- comportamiento demográfico

Resumen:

El Área Metropolitana de Mendoza y su ciudad cabecera han experimentado profundas transformaciones en las últimas décadas: como producto de la consolidación del modelo aperturista de valorización financiera implementado a partir de la década de 1970 y la continuidad en el tiempo de sus rasgos dominantes, se asiste a una creciente terciarización de la economía y segmentación en el mercado de trabajo entrelazadas con el advenimiento y consolidación de un inédito proceso de fragmentación socio-espacial en las ciudades. Se asume que los modelos de acumulación dejan su impronta tanto en la estructura de clases como en las formas que adquiere el espacio urbano y en los patrones de distribución de la población que lo habita; a la vez, se supone que la desigual distribución residencial de los diferentes grupos sociales implica un anudamiento entre lugar geográfico de residencia y las prácticas, condiciones y estrategias familiares de vida de los agentes. De ese modo, la presente ponencia pretende constituir una primera aproximación desde un enfoque histórico-estructural al conocimiento de las dinámicas demográficas, condiciones de vida y prácticas educativas asociadas a los distintos grupos poblacionales que residen en los barrios del oeste de la ciudad de Mendoza durante el período de la posconvertibilidad, por entender que estas configuraciones constituyen un importante componente a nivel agregado de los caracteres diferenciales que adquieren la reproducción intergeneracional de la desigualdad y el fenómeno de la movilidad social, proceso histórico-social clave de transformación o reproducción de la estructura de clases íntimamente vinculado a los

cambios de la estructura económica y de las instituciones, pero que tiene lugar en las familias como cambios en las condiciones básicas de existencia y en los estilos de vida. El abordaje se realizará desde una estrategia metodológica cuantitativa, basada principalmente en el análisis de datos censales correspondientes al año 2010.

1. Introducción

El Área Metropolitana de Mendoza y su ciudad cabecera han sufrido profundas transformaciones en las últimas décadas como producto de la consolidación del modelo aperturista de valorización financiera implementado a partir de la última dictadura militar y la posterior inserción en la economía mundial a partir de la “nueva vitivinicultura de exportación” consolidada durante la década de 1990. Por un lado, una creciente terciarización de la economía en conjunto con marcadas tendencias de segmentación en el mercado de trabajo y de polarización en los ingresos; por otro, el advenimiento y consolidación de un proceso de fragmentación socio-espacial en el espacio urbano, que resulta en rupturas y cortes en la continuidad física y social de la malla urbana y una creciente desigualdad entre los grupos que habitan distintas porciones de la ciudad.

Ante este panorama general de creciente complejidad, heterogeneidad y desigualdad, aparecen nuevas dimensiones de algunos interrogantes clásicos mientras que se van delineando nuevas preguntas. Cabe entonces realizar un esfuerzo consciente para posibilitar la integración entre lo que David Harvey denomina “imaginación sociológica” y “conciencia espacial”, en la medida en que la conjunción de dichos enfoques y sus respectivos lenguajes proporcionaría la posibilidad de construir el marco conceptual adecuado para comprender los fenómenos urbanos de la actualidad, es decir, las relaciones entre procesos sociales y formas espaciales.

La presente ponencia constituye el estadio inicial de un intento en ese sentido. Dicha investigación se enfoca en los procesos de movilidad social en el oeste de la ciudad de Mendoza, en un contexto de creciente fragmentación y segregación del espacio urbano. Ahora bien, el presente trabajo pretende dar un primer paso en esa dirección: bajo el supuesto que diferentes grupos de agentes, como lo son las clases sociales, poseen prácticas y estrategias de vida diferenciales que se manifiestan

tendencialmente en el mercado de trabajo y en la distribución espacial de su residencia, se pretende de modo general lograr una aproximación al conocimiento de las microdiferencias socio-espaciales referidas a las principales dinámicas socio-demográficas de los grupos que habitan los asentamientos residenciales del oeste de la ciudad de Mendoza, así como de los rasgos que configuran distintos entornos urbanos, intentando delimitar diferencialmente el comportamiento demográfico, condiciones de vida y prácticas socio-educativas de los grupos humanos que residen en dichos entornos, por entender que el proceso de movilidad social remite necesariamente a las formas en que los mercados de trabajo se aseguran determinada oferta cuantitativa y cualitativa de fuerza de trabajo.

2. **Antecedentes**

La movilidad social constituye ya un tema clásico de la sociología, con profusas investigaciones empíricas. Comienza a delimitarse conceptualmente en su especificidad con Pareto y su concepción sobre la circulación y desplazamiento de las elites (Feito Alonso, 1995) y, a mediados del siglo pasado, es definida por Sorokin como “el movimiento constante de individuos de una posición a la otra ... tanto en el sentido vertical como horizontal” (1954, a través de Plá, 2012). Hablar de movilidad social implica necesariamente remitirse al concepto de clase social y cómo fue pensado por los clásicos de la sociología. Someramente, podemos ubicar analíticamente dos grandes líneas (Feito Alonso, 1995): las concepciones gradacionales, que reúne aquellas conceptualizaciones según las cuales las clases se definen en función del grado en que los distintos grupos sociales poseen la característica que constituye el criterio de división, fundamentalmente renta y status ocupacional; o las concepciones relacionales, que entienden que las clases en su conjunto constituyen un sistema interdependiente dentro de una relación social que define y determina tanto ese sistema como las posiciones que lo conforman. Dentro de estas últimas, destacan dos enfoques que florecieron durante las décadas de 1970 y 1980: la corriente neoweberiana (la estructura de clases estaría definida por la relación social de intercambio en el mercado de trabajo, es decir, existirían compradores y vendedores de fuerza de trabajo) y la neomarxista (son las relaciones de producción y la división social del trabajo las que definen determinados lugares objetivos). En nuestro país y la región, los cambios en las estructuras sociales devenidos de los procesos sustitutivos de importaciones de

mediados del siglo XX impulsaron el análisis de los procesos de movilidad social estructural y sus variables incidentes, siendo interpretados en clave funcionalista-modernizadora (Germani, 1967, 1974; Filgueira & Geneletti, 1981) y luego desde una óptica marxista (Torrado, 1992), para ser desplazado en importancia este objeto de estudio en las dos últimas décadas del siglo pasado frente a la emergencia de nuevas conceptualizaciones sobre pobreza, sus dimensiones y medición como consecuencia directa de transformaciones sociales derivadas de la implantación de modelos de ajuste estructural en la región y sus efectos sobre las condiciones de vida de franjas significativas de población. El análisis de las relaciones entre comportamiento demográfico y movilidad social corresponde a esta generación de estudios: desde enfoques macrosociales, se buscaba caracterizar sociodemográficamente a la fuerza de trabajo, así como conocer el efecto diferencial de las tasas de natalidad y mortalidad asociadas a cada clase o estrato social sobre la movilidad social total y cuantificar el peso de la movilidad demográfica frente a otros tipos, como la estructural y la circulatoria. No obstante, en el nuevo siglo se asiste a un interés renovado en los procesos de movilidad social, enfocándose estos nuevos estudios en la periodización de los patrones de movilidad social estructural durante la vigencia de distintos modelos de desarrollo (Dalle, 2010), en las barreras y oportunidades existentes a nivel societal que inciden en las probabilidades de los individuos y familias de experimentar movimientos en el sistema de estratificación y las estrategias que éstos despliegan (Kessler, G. & Espinoza, 2004; Chávez Molina, 2013; Salvia, A. & Gutierrez Ageitos, 2013) y nuevos aportes metodológicos para determinar la movilidad intergeneracional en grandes aglomerados urbanos.

Por otra parte, los estudios sobre la ciudad se inician con Georg Simmel, quién se enfocó en analizar las consecuencias sociales de la urbanización entendiendo que las formas tradicionales de la sociedad son reemplazadas por nuevas formas más complejas, anónimas y de creciente distancia entre individuos (Montigny, 1992 a través de Lamy, 2006). No obstante, a lo largo del siglo pasado los principales cuerpos teóricos abocados al estudio del urbanismo se inscribieron en dos grandes tradiciones (Lamy, 2006): por un lado, la Ecología Social norteamericana en sus vertientes clásica y moderna, cuya principal preocupación giraba en torno a la distribución de los grupos sociales en el espacio; y por el otro, el estructuralismo, fundamentalmente marxista y neomarxista que concibe a la ciudad como proceso y producto social. Respecto de la primer corriente,

ésta se encuentra representada: a) inicialmente en su versión clásica por la Escuela de Chicago, la cual, influida por el pensamiento darwinista social de principios del siglo XX, concibe a la distribución espacial como el resultado de lógicas individuales de competencia por el espacio mediante las cuales los individuos más fuertes ocuparían ciertas áreas del territorio urbano y aporta los modelos de diferenciación socioespacial desarrollados por sus principales exponentes; y b) por la Ecología Social moderna o Ecología Factorial surgida durante a mediados del siglo pasado en pleno auge del neopositivismo y los métodos cuantitativos, como un importante avance metodológico que permitió sintetizar grandes volúmenes de información en determinadas dimensiones específicas (Linares & Lan, 2007; Marcos, Mera & Di Virgilio, 2015). La corriente estructuralista, que se consolida en las décadas de 1960 y 1970, comienza a enfocar el análisis de los patrones residenciales en las estructuras sociales en lugar de las lógicas y preferencias individuales, en lo que constituye un giro teórico- metodológico e ideológico con grandes aportes desde la teoría marxista (Linares & Lan, 2007). Por último, recientemente puede destacarse la noción bourdieana de espacio social, que entiende a las distancias físicas en el territorio urbano como una manifestación material en la ciudad de desigualdades provocadas por las luchas entre las diferentes categorías de agentes sociales por la apropiación de los recursos. A su vez, debe resaltarse la existencia de dos importantes tradiciones en el abordaje de la segregación residencial: la norteamericana, que otorga primacía al estudio de la segregación racial o étnica, y la latinoamericana, que entiende que la segregación se manifiesta principalmente en términos socioeconómicos (Rodríguez Vignoli, 2001).

Las problemáticas de diferenciación y desigualdad social abordadas desde un enfoque territorial constituyen objetos de estudio de reciente abordaje desde lo académico. A diferencia de otros países, Argentina no cuenta con una profusa línea de investigación sobre las dinámicas urbanas recientes. Tomando en cuenta los objetivos de la ponencia, citaremos las investigaciones aplicadas de Mariana Marcos y Pablo Molina Derteano: por un lado, los avances en el estudio de las transformaciones urbanas recientes del Área Metropolitana de Buenos Aires y una propuesta de tipificación del territorio urbano de acuerdo al tipo de poblamiento y el uso de datos censales para analizar las microdiferencias socio-demográfico-espaciales (Marcos, 2009 y 2015, con la colaboración de Mera y Di Virgilio); por el otro, un análisis estadístico-descriptivo de la estructura de clases de los principales aglomerados urbanos del país durante la

posconvertibilidad en base a la inserción ocupacional de los jefes de hogar y una posterior elaboración de tipologías socio-ocupacionales, elaboradas desde un enfoque territorial, para un área específica del conurbano bonaerense (Molina Derteano, 2012 y 2015).

3. Marco teórico-conceptual. Conjugando diferentes enfoques

Algunos autores plantean la necesidad de propiciar una conjunción entre diferentes enfoques y disciplinas para abordar las problemáticas urbanas. Concretamente, D. Harvey afirma que “en la medida en que sólo podemos comprender el espacio social relacionándolo con ciertas actividades sociales, nos vemos obligados a tratar de integrar las imaginaciones sociológicas y geográficas” (1972:24), siendo necesario para ello el entendimiento entre el lenguaje sustancial, propio de la sociología en tanto delimita propiedades de los objetos, y el lenguaje espacio-temporal, que permite posicionar esos objetos dentro de una estructura de coordenadas, como lo es una formación social concreta en un momento dado. El fenómeno urbano resulta incomprendible sin referirlo a la sociedad que lo engloba, ya que su dinámica necesariamente encuentra correlato en los procesos sociales en cuanto “la dimensión espacial de la ciudad no es otra cosa que la proyección de la sociedad sobre el territorio y la configuración de una matriz que la estructura” (Lamy, 2006:224). En ese sentido, ante el escenario actual de profundas transformaciones en las ciudades, manifiestas sobre todo en una creciente diferenciación y fragmentación socioterritorial, resulta de fundamental importancia pensar a la población no como una sumatoria de individuos, sino más bien como agentes sociales desiguales en tanto “las estructuras demográficas se articulan y entrecruzan con las estructuras sociales, culturales y económicas, para dar origen a nuevas pautas y patrones de estratificación y desigualdad social de la población” (Canales, 2007:13).

En base a esos lineamientos generales, la presente ponencia tiene como objetivo general aproximarse al conocimiento del comportamiento demográfico, las condiciones de vida y las prácticas educativas asociadas a los distintos grupos poblacionales que residen en los barrios del oeste de la ciudad de Mendoza durante el período de la posconvertibilidad, por entender que estas configuraciones constituyen un importante componente a nivel agregado de los caracteres diferenciales que adquieren la

reproducción intergeneracional de la desigualdad y el fenómeno de la movilidad social. Teniendo en cuenta que la porción de territorio a analizar es un proceso y producto social que se encuentra en permanente transformación, con una marcada fragmentación socio-espacial, se pretende articular esos fenómenos, propios de la sociología, con un enfoque territorial, esto es, situar los procesos sociales bajo coordenadas espacio-temporales concretas. Los principales supuestos desde los que partimos son los siguientes: 1) los cambios en los modelos de acumulación capitalista inciden en la estructura urbana, 2) la clase social constituye un factor explicativo clave de la desigualdad social, 3) existe un anudamiento entre las clases sociales respecto de sus patrones de asentamiento en el territorio y los tipos de entorno urbano en que habitan y 4) finalmente lo que constituye la hipótesis/ supuesto específica de esta ponencia, *existe un anudamiento entre clases sociales y comportamiento demográfico que incide en las trayectorias familiares de movilidad social intergeneracional.*

En los siguientes acápites se explicitarán someramente los principales conceptos y se desarrollarán de modo más amplio los supuestos previamente enumerados.

3.1. La estructura urbana y la heterogeneidad estructural

Entendiendo el concepto estructura como el conjunto relativamente estable de las interrelaciones entre las partes de una sociedad y su distribución en un orden dinámico, que caracterizan a los individuos y grupos, y ejercen un efecto constrictivo sobre las creencias y acciones de los individuos (Feito Alonso, 1995), el presente trabajo retoma como ejes estructuradores algunos aportes conceptuales que entienden que existe una articulación compleja entre la ciudad y la estructura de clases de una formación social concreta y que procuran explicar las relaciones existentes entre la configuración de los aglomerados urbanos con la estructura económico-productiva y su mercado de trabajo. De ese modo, se asume como punto de partida que “los procesos de concentración espacial de la población y de las actividades que se consideran comúnmente como características de lo “urbano” no son sino la consecuencia y la expresión históricas del proceso de reproducción (de la fuerza de trabajo en función de las exigencias del proceso productivo)” (Castells, 1973:10), por lo que puede concebirse a la estructura urbana como un producto de las determinaciones económico-sociales de la estructura de

clases pero mediada por el Estado, constituyendo una realidad más compleja que una mera configuración espacial. Su análisis implica el análisis de las clases sociales que la componen y su articulación contradictoria, su determinación por las relaciones de producción a nivel regional y mundial, su expresión política y su expresión espacial, entre otros aspectos.

Se asume como tesis central que el despliegue del capitalismo en las formaciones sociales de Latinoamérica no es lineal ni posterior en el tiempo respecto del desarrollo capitalista de los países centrales, sino que constituye un tipo de desarrollo desigual y combinado que emerge desde la época de la Conquista y que es inherente a la condición colonial -semicolonial de dichas formaciones sociales. En ese sentido, algunos autores (Torrado, 1992; Chávez Molina, 2013) consideran que la formación social argentina actual se caracteriza por la articulación del modo de producción capitalista en su estadio monopólico con la forma de producción mercantil simple, teniendo esta última un carácter dependiente respecto de la primera, desplegándose como resultado una heterogeneidad de tipo estructural en el seno de dicha formación social, inherente a la misma, que alude a la coexistencia en una misma estructura social de rendimientos muy desiguales entre trabajadores, capital y trabajo, derivada de la coexistencia de los diferentes estadios de desarrollo capitalista antes mencionados (Chávez Molina, 2013), y que encuentra correlato tanto en la estructura de clases (Torrado, 1992; Chávez Molina, 2013) como en la morfología de las ciudades, el mercado del suelo y los patrones de asentamiento de la población en ellas.

Se define al modelo de acumulación como “las estrategias de acción (objetivos, proyectos y prácticas políticas) relativas a los factores fundamentales que aseguran la acumulación capitalista (cómo se genera, cuáles son los elementos que condicionan su dinamismo, cómo se distribuye el excedente) y que son dominantes en una sociedad concreta en un momento histórico determinado” (Torrado, 1992: 29). En ese sentido, el paso de una estrategia desarrollista a otra aperturista en las últimas décadas del siglo pasado introdujo profundas modificaciones sobre la estructura social, entre las que se encuentran aquellas relacionadas con los cambios en la estructura de clases y con las condiciones de vida de los distintos grupos socio-ocupacionales y los patrones de movilidad social (Torrado, 1992). En primer lugar, podemos decir que el modelo aperturista se caracterizó por la apertura de la economía a la importación de capital

extranjero y de bienes de todo tipo y la desregulación de los mercados (de bienes, de trabajo, financiero), con una notoria pérdida de liderazgo de la industrialización sustitutiva, que dejó de ser el objetivo central del proceso de desarrollo (Torrado, 1992), observándose que los grandes grupos económicos nacionales y transnacionales que lograron adaptarse a los cambios resultaron beneficiarios de una sustancial transferencia de ingresos proveniente de los sectores asalariados, medios y empresarios que no dispusieron de esa capacidad de adaptación y se vieron desplazados hacia sectores de actividad de baja productividad. A su vez, existe consenso en considerar al modelo de convertibilidad de la década de 1990 como la profundización de la estrategia de desarrollo descrita, teniendo lugar un nuevo ajuste estructural que resultó en una recesión a partir de 1998, y finalmente en un colapso económico, político y social en 2001, y que dejó como saldo un mercado de trabajo profundamente segmentado y un significativo aumento de la participación de ocupaciones marginales que se mantuvo vigente durante el nuevo régimen macroeconómico de tipo neodesarrollista implementado posteriormente (Salvia & Ageitos, 2013), aún a pesar de la existencia de políticas compensatorias destinadas a población sin ingresos y las mayores regulaciones del mercado de trabajo llevadas a cabo por el Estado, quien asumió un rol directriz en las orientaciones macroeconómicas generales (Cepal, 2010 a través de Chávez Molina & Sacco, 2014). Resumidamente, a pesar de algunos cambios concretos manifiestos en una mayor regulación e intervención estatal en los mercados respecto a la década anterior, en la primer década del siglo XXI la heterogeneidad estructural definida previamente sigue manifestándose en ellos, amplificando las desigualdades entre sectores de actividad, agentes sociales y sobre el espacio urbano y el mercado que lo regula.

3.2 El aglomerado urbano y la fragmentación socioterritorial

Así como asumimos que el cambio en el modelo de acumulación “deja su impronta en la estructura de las clases sociales” (Torrado, 1992: 30), no pueden soslayarse las mutaciones acaecidas en las urbes. La ciudad actual es resultado de las principales determinaciones que la dinámica económico-política impone combinadas con los rasgos heredados de las estrategias de desarrollo pasado. De ese modo, la ciudad capitalista que emergió durante la predominancia de la industrialización sustitutiva de importaciones en Latinoamérica se ha reestructurado como consecuencia de la

implantación de un nuevo modelo o patrón de acumulación de capital, con continuidad y amplificación de la coexistencia de dos mercados de suelo urbano con lógicas distintas, inherentes estructuralmente a las formaciones sociales del continente: el formal y el informal (Pradilla Cobos, 2014).

La aglomeración urbana constituye el sistema de soportes materiales de la estructura urbana que resulta de “la combinación desigual y acumulativa de soportes materiales resultantes de múltiples procesos productivos a lo largo de la historia, gestionados por los agentes pertenecientes a las diferentes clases sociales dominantes en cada etapa de desarrollo y realizados por las clases trabajadoras que, sometidas a diferentes relaciones de producción y explotación, han sido los productores directos de la obra urbana” (Pradilla Cobos, 1984:445). Es decir, son las formas espaciales que resultan de la organización de una sociedad, concreta e históricamente determinada (Castells, 2004).

La ciudad desarrollista, surgida a partir de la relevancia que tomaron las actividades industriales durante la etapa de importaciones sustitutivas y funcional a la reproducción de ese modelo acumulativo, se caracterizó por constituir un modelo de ciudad compacta con un patrón de expansión continuo en forma de “mancha de aceite” debido fundamentalmente al crecimiento demográfico resultante de la suburbanización de las clases populares, que se situaban alrededor de las fábricas e industrias, en conjunto con el desarrollo de una red de transporte público articuladora horizontal del continuum espacial (Marcos, 2009). No obstante, el cambio en el modelo de acumulación a partir de la década de 1970 supuso una transformación en la estructura urbana, emergiendo nuevas formas materiales que pueden conceptualizarse bajo los términos “ciudad posdesarrollista” (Marcos, op.cit.) o “ciudad capitalista bajo el patrón neoliberal de acumulación” (Pradilla Cobos, 2014). Ambas conceptualizaciones destacan que la desregulación de la vida económica y social por parte del Estado en conjunto con el abandono de la actividad industrial como objetivo central del desarrollo económico desestructuraron la ciudad desarrollista: en consecuencia, la acción modeladora de las formas urbano-arquitectónicas llevada a cabo en forma conjunta por el capital inmobiliario y financiero, y facilitada por un Estado desregulador, consolidaron una creciente fragmentación socio-territorial. Los cambios en los patrones de uso del suelo que estructuran el espacio urbano se caracterizan en la actualidad

fundamentalmente por el abandono del centro tradicional como lugar de residencia de las clases altas y su transformación en área de servicios y actividad del sector terciario, y una suburbanización de las áreas residenciales de las clases altas mediante la creación de productos inmobiliarios residenciales en áreas suburbanas tradicionalmente asociadas a la clase trabajadora y en cercanía geográfica pero no social con ésta, incorporadas en corredores terciarios lineales de flujos que concentran ventajas económicas y de infraestructura respecto a otras áreas urbanas excluidas del corredor. De acuerdo a Janoschka (2002), entendemos que las ciudades latinoamericanas contemporáneas adquieren una estructura dispersa e insular derivada de una especialización territorial según el uso al que se orienten ciertas porciones del espacio urbano, coexistiendo de manera discontinua en la urbe islas de producción, islas de consumo e islas residenciales de riqueza y de precariedad, cada una de ellas asociada a cierto tipo de desarrollo urbano y de artefactos arquitectónicos particulares.

La segregación residencial puede definirse entonces como la “distribución de los lugares de residencia (que) sigue las leyes generales de la distribución de los productos y, por tanto, produce reagrupaciones en función de la capacidad social de los sujetos, o sea, en el sistema capitalista, en función de sus rentas, de su estatus profesional, del nivel de instrucción, etc.” (Castells, 2004: 203), como “un proceso según el cual diferentes clases o camadas sociales tienden a concentrarse cada vez más en diferentes regiones generales o conjuntos de barrios de la metrópolis” (Villaça, 2012), es decir, los patrones de asentamiento residencial de las clases sociales no serían aleatorios. Castells (1972, a través de Linares & Lan) asevera que existiría una tendencia a la organización del espacio en zonas de fuerte homogeneidad social interna simultáneamente con una fuerte disparidad social entre ellas, entendiendo a las diferencias entre dichas zonas relacionalmente como una disparidad en términos de jerarquía. Linares y Lan apuntan que este concepto permite analizar la configuración territorial de la ciudad “no como simple reflejo de procesos sociales, sino como condicionante” (2007:), planteando Villaça (2012) que la segregación urbana es la más importante manifestación espacial de la profunda desigualdad que caracteriza a las sociedades latinoamericanas.

Torres (2003 a través de Linares & Lan, 2007) señala tres grupos de causas de segregación residencial socioeconómica, referidas principalmente a) al mercado de trabajo, gran responsable de desiguales tipos de inserción socio-productiva y,

consiguientemente, disímiles condiciones de vida, b) las dinámicas propias del mercado inmobiliario, y c) el poder de regulación del Estado. Por otro lado, algunos autores (Abramo, 2013) consideran que la ciudad es el producto de las tensiones y contradicciones de las distintas lógicas que múltiples agentes despliegan sobre el territorio: de ese modo, puede distinguirse la lógica de mercado asociada al sector inmobiliario y especulativo-financiero que concibe a la vivienda como una mercancía, la lógica de la necesidad de los sectores pobres que se encuentra relacionada a la producción colectiva e informal de la vivienda y el entorno urbano de ésta, y la lógica del Estado que recurre a la provisión de vivienda e infraestructura como medio de obtener y mantener su legitimidad política ante la sociedad y satisfacer ciertas demandas colectivas. Consideramos que las configuraciones que resultan de estos procesos constituyen un mosaico de distintos hábitats o entornos urbanos, un conjunto de formas y sostenes materiales cuyas unidades son las viviendas y cuya localización espacial no es aleatoria sino que responde al período de urbanización y la forma de producción del espacio habitacional (Connolly, 2004 a través de Marcos & Mera, 2015).

La desigual distribución residencial de los diferentes grupos sociales como rasgo socioterritorial muy acentuado en las aglomeraciones urbanas contemporáneas nos sugiere la existencia de mayores probabilidades de encontrar agentes sociales pertenecientes a ciertas clases sociales en determinadas porciones del espacio urbano y no en otras y, en consecuencia, con prácticas, estrategias y condiciones de vida similares. Cabe preguntarse si las trayectorias familiares de movilidad social de determinados grupos mostrarán también algunos patrones comunes para los residentes de ciertas regiones de la urbe.

3.3. Clases sociales, movilidad social y desigualdad sociodemográfica

Clase social es la manera de referirse a aquellas relaciones sociales que tienen lugar con motivo de la producción económica, de la asignación de los recursos y la apropiación del excedente económico (Sautu, 2012). Concretamente, son entendidas como “subconjuntos de agentes sociales que ocupan una posición social análoga” (1992:25) determinados estructuralmente a partir de aquellas prácticas sociales concernientes a las relaciones de producción, sobre todo, aquellas referidas al control del proceso de producción económica, de sus medios y de los agentes que participan en

el mismo, y superestructuralmente a partir de las prácticas jurídicas, políticas e ideológicas a ellas asociadas. Constituyen un concepto o abstracción referido a procesos con existencia fáctica y simbólica real que tienen lugar y se manifiestan en las relaciones sociales: el concepto operacionalizable “grupo socio-ocupacional” por su parte se aproxima a dicha abstracción en tanto cuantifica dichas prácticas sociales, fundamentalmente económicas y educativas. De ese modo, indicadores tales como calificación laboral, categoría ocupacional, regulaciones públicas (fundamental pero no exclusivamente en torno al vínculo entre capital y trabajo) y el tamaño del establecimiento de los puestos de trabajo en el que se insertan los jefes de hogar permiten delimitar distintos grupos socio-ocupacionales y aproximarse a los efectos segmentantes que la heterogeneidad estructural ejerce sobre el mercado de trabajo.

Retomando lo expuesto sobre estructura urbana, nos adentraremos dentro de lo que denominamos estructura de clases, que es nada menos que una realidad histórico-social que constituye la columna vertebral de la estructura y organización de la sociedad (Sautu, 2012). En ella tienen expresión las desigualdades constitutivas de la sociedad, ya que son las formas que asume la división social del trabajo en una sociedad concreta. Da cuenta de las diferentes posiciones de cada uno de los procesos sociales que tienen lugar en dicha sociedad y resulta de la dominancia y cambio en los modelos de acumulación (Torrado, 1992), por lo que se entiende que el cambio estructural va acompañado de una mutación en la estructura de clases misma.

Se asume que la movilidad social, “desplazamiento entre posiciones jerárquicas dentro de la pirámide de estratificación social” (Torrado, 1992) ya sea en términos ocupacionales o en términos de ingresos, es un proceso histórico-social clave de transformación o reproducción de la estructura de clases que se encuentra íntimamente vinculado a los cambios de la estructura económica y de las instituciones, pero que tiene lugar en las familias como cambios en las condiciones básicas de existencia y en los estilos de vida del grupo familiar (Sautu, 2012). La existencia de las clases sociales a lo largo del tiempo se basa en su reproducción física, a través del parentesco biológico y los sistemas de parentesco jurídicamente establecidos, y la reproducción económica, referida a la producción, apropiación y control del excedente económico socialmente producido por parte de determinados grupos sociales (Sautu, op.cit.), identificándose así la familia y el hogar como principal unidad donde se opera la distribución de la renta y

las prácticas económicas que éstas llevan adelante, en las que se incluyen las estrategias familiares de vida, es decir, el “conjunto de comportamientos a través de los cuales los agentes sociales aseguran su reproducción biológica y optimizan sus condiciones materiales y no materiales de existencia” (Torrado, 1992:33).

Pueden distinguirse algunos tipos fundamentales de movilidad social: la movilidad intrageneracional, referida a los cambios en la posición ocupacional de un mismo individuo a lo largo de su vida laboral activa, y la movilidad intergeneracional, que vincula la posición de clase de los hijos respecto de la de los padres; aunque deben destacarse también la movilidad estructural, vinculada a la oferta o número relativo de posiciones disponibles de cada posición de clase creadas o destruidas como consecuencia de cambios estructurales, y la movilidad circulatoria o por reemplazo, que es independiente de las transformaciones en la estructura y más bien tiene que ver con la disponibilidad de plazas a ocupar en reemplazo de individuos que las dejaron vacantes. Puede esbozarse otro tipo, la movilidad demográfica, que se refiere a “las tasas diferenciales de reproducción de las clases sociales” (Filgueira & Geneletti, 1981:6), que se encuentran estrechamente relacionadas con la existencia de “mecanismos que aseguren una oferta de trabajo adecuada desde el punto de vista cuantitativo” (Torrado, 1992:314) tales como: la migración rural-urbana (significativa durante buena parte del siglo XX, no así en la actualidad), la política de migraciones internacionales y la política de natalidad, las cuales suelen ser universalistas a nivel discursivo pero afectar en la práctica mayoritariamente a la población con más bajas calificaciones laborales. Sin embargo, calcular este tipo de movilidad se presenta como una tarea compleja ya que implica no sólo conocer el crecimiento vegetativo y migratorio para cada clase o estrato social, sino además determinar cuantitativamente la incidencia combinada de la movilidad estructural y circulatoria en determinado período temporal sobre un mercado de trabajo determinado.

Algunos estudios muestran que el comportamiento demográfico no sólo manifiesta tendencias diferenciales según el estrato socio-económico al que pertenecen los individuos y familias, sino que también sugieren que tal comportamiento favorece la transmisión o reproducción de determinadas pautas y condiciones de vida de una generación a otra. No obstante, ciertos autores sostienen que la influencia específica los factores demográficos se encuentra subordinada a lo económico y “en situaciones de

movilidad estructural nula o descendente, ellos pueden efectivamente convertirse en un escollo insalvable para el ascenso” (Torrado, 1995 a través de Goldberg, 2001). Conocer dichos factores nos aportan claves para poder delimitar las características socio-demográficas de la oferta de fuerza de trabajo en el plano local y, así, obtener un panorama inicial sobre cómo los mercados laborales se aseguran convenientemente su mano de obra y cómo éste se encontraría vinculado con las probabilidades diferenciales de cada clase social de experimentar procesos de movilidad social y cuáles serían sus rasgos principales. En ese sentido, desde la perspectiva adoptada en la presente ponencia traemos a colación un concepto que entendemos permite interpretar conjuntamente la desigual distribución de las clases sociales en el territorio con las dinámicas demográficas asociadas a cada una y con las características segmentantes del mercado de trabajo actual, en una interrelación continua entre lo micro y lo macrosocial: las cadenas de movilidad, que representan nada menos que una secuencia regular, “un intento de formalizar la idea intuitiva de que el movimiento socio económico de nuestra sociedad no es aleatorio, sino que tiende a producirse a través de ciertos canales más o menos regulares... tales que un puesto de trabajo tenderá a ser cubierto por trabajadores procedente de un número limitado y característico de puntos concretos” (Piore, 1983:197-198, a través de Molina Derteano, 2015), de modo que “la gente de un empleo dado tenderá a proceder de una limitada gama de escuelas, vecindades y tipos de características familiares y, a la inversa, la gente que sale de la misma escuela o vecindad tenderá a entrar en una situación de empleo perteneciente a un conjunto limitado” (Piore, op.cit.).

4. Metodología

Desde una estrategia cuantitativa y un abordaje macrosocial serán analizados datos censales del año 2010 referidos a variables de las viviendas, los hogares y la población que se asienta en el denominado piedemonte de la capital mendocina a un nivel de alta desagregación territorial, como lo es el representado por los radios y fracciones censales. De este modo, se pretende comparar algunas variables socio-demográficas referidas a las características de la fuerza de trabajo que reside en dichas áreas y que incidirían en los procesos históricos de movilidad social, en lo que constituye un estudio de caso de determinada porción del territorio urbano.

Marcos, Mera y Di Virgilio (2015) aseveran que los datos censales constituyen

un insumo de gran importancia para estudios de escala microespacial abordados desde una perspectiva macrosocial y cuantitativa, debido a su universalidad, su carácter simultáneo, su periodicidad y comparabilidad en el tiempo de determinadas variables, ya que esas virtudes dotarían a esta fuente de datos de representatividad y confiabilidad para el análisis cuantitativo de las dinámicas socioespaciales. No obstante, si bien la información censal permite trabajar con altos niveles de desagregación, las fracciones y radios censales constituyen subdivisiones realizadas por el INDEC con meros fines operativos, es decir, no se corresponden con divisiones político-administrativas y en ocasiones no resultan relevantes o significativas para fines investigativos. Respecto al momento puntual al que se refiere el análisis propuesto, cabe destacar que una gran ventaja que presenta el Censo Nacional del año 2010 radica en la decisión del INDEC de poner a disposición de los usuarios una base de datos con las principales variables relevadas referidas a población, hogares y viviendas, que posibilita realizar cruces entre éstas a niveles territoriales altamente desagregados (Marcos, Mera & Di Virgilio, 2015).

En el caso del área seleccionada, una superposición cartográfica muestra una relativa coincidencia entre los límites de los radios censales y los límites reales entre distintos asentamientos residenciales, que permite anticipar que los resultados obtenidos son representativos y significativos de los procesos sociales que tienen lugar en el territorio; a su vez, son dos fracciones censales las que se corresponden exactamente con esta unidad territorial y social denominada como “el oeste”. Los distintos asentamientos residenciales se clasificarán de acuerdo a criterios teórico-empíricos referidos fundamentalmente al tipo de lógica predominante en su estructuración, tales que permitan aglutinarlos en grandes tipologías específicas de entornos urbanos: a) urbanizaciones cerradas, producto de la lógica del mercado inmobiliario; b) conjuntos habitacionales, producto de políticas de vivienda estatales; y c) asentamientos irregulares, producto de la necesidad de vivienda de los sectores sociales asociados a posiciones situadas en la base de la estructura de clases.

Tabla N°1: Tipología de entornos urbanos: indicadores y radios censales

específicos

Tipo de entorno urbano	Indicadores	Radio Censales
URBANIZACIONES CERRADAS	INEXISTENCIA DE CASILLAS	71001
	Y/O RANCHOS (*)	71019
Estructurados a partir de la LÓGICA DEL MERCADO INMOBILIARIO (B° Dalvian)	PORCENTAJE ÍNFIMO DE VIVIENDAS CON CALIDAD DE CONSTRUCCIÓN INSUFICIENTE (**)	
ASENTAMIENTOS INFORMALES	15% O MÁS DE CASILLAS O RANCHOS RESPECTO AL TOTAL DE VIVIENDAS (*)	71015
		71016
		71022
		71306
	50% O MÁS DE VIVIENDAS CON CALIDAD DE CONSTRUCCIÓN INSUFICIENTE (**)	71307
Estructurados a partir de la LÓGICA DE LA NECESIDAD de la sociedad (B° Olivares, B° Flores Oeste, Asentamiento San Agustín, Asentamiento El Triángulo, entre otros)		71308 (***)

(*) De acuerdo a las definiciones del INDEC (2013)

- Rancho: “Vivienda con salida directa al exterior (...) construida originalmente para que habiten personas. Generalmente tiene paredes de adobe, piso de tierra y techo de chapa o paja. Se considera propia de áreas rurales.”

- Casilla: “Vivienda con salida directa al exterior (...) construida originalmente para que habiten personas. Habitualmente está construida con materiales de baja calidad o de desecho y se considera propia de áreas urbanas”.

(**) De acuerdo a las definiciones del INDEC (2013)

Calidad constructiva de la vivienda: “Este indicador se construye a partir de la calidad de los materiales con los que está construida la vivienda y las instalaciones internas a servicios básicos (agua de red y desagüe) de las que dispone”, definiéndose como calidad insuficiente aquellas viviendas que no cuentan con elementos adecuados de aislación y que no disponen de cañerías dentro de la vivienda y de inodoro con descarga de agua.

(***) El radio presenta un porcentaje de viviendas con calidad de construcción insuficiente del 47,4%, no obstante se localiza contiguamente a los radios 71306 y 71307, conformando un entorno continuo y de relativa homogeneidad

Fuente: Elaboración propia

Las variables a analizar son aquellas referidas a los procesos de reproducción cuantitativa y cualitativa de la fuerza de trabajo, tales como estructura por edad y sexo, y variables cualitativas, referidas fundamentalmente al factor educativo, buscando determinar el comportamiento demográfico y las prácticas socio-educativas de la población que reside en éstos entornos urbanos.

5. El piedemonte de la ciudad de Mendoza: componentes demográficos y desigualdad social en un contexto de segregación residencial

El denominado “oeste” de la ciudad de Mendoza, único vector posible de expansión de la malla urbana del departamento Capital, se localiza entre la Avenida Boulogne Sur Mer y los departamentos de Godoy Cruz y Las Heras. Su superficie está constituida por un variado mosaico de entornos claramente diferenciados y con funciones diferentes: espacios públicos recreativos como el Parque General San Martín, instituciones educativas entre las que se destaca la Universidad Nacional de Cuyo, instituciones sanitarias de gran envergadura (Hospital Lagomaggiore), dependencias militares, penitenciaría, organismos estatales (Vialidad, Parques y zoo), una reserva ecológica, un área comercial sobre la avenida Champagnat y, sobre todo, numerosos asentamientos residenciales de diferentes características morfológicas y sociales. Esta configuración se asienta sobre el piedemonte del aglomerado Gran Mendoza, “una unidad morfoestructural de significativa importancia como elemento de transición entre montaña-planicie, reguladora de múltiples procesos entre ambas unidades, donde existen importantes peligros naturales” (Fermani, 2015:79), fundamentalmente aluviones y sismos.

Retrospectivamente, puede situarse al año 1896, momento en el que se inicia la construcción del Parque General San Martín, como el comienzo de un ciclo en el que comienza un intensivo avance de las actividades humanas sobre el oeste de la ciudad. Entre 1930 y 1950 Mendoza constituye el destino de un importante contingente de emigrados chilenos, quienes se instalan sobre terrenos fiscales, especialmente en esta región de la ciudad, y dan inicio a la consolidación de los primeros asentamientos inestables en áreas cercanas a obras aluvionales, ripieras, basurales, etc. (Fermani, 2015). Unas décadas después, el Estado comienza a intervenir en la zona mediante el emplazamiento de conjuntos habitacionales para sectores medios y bajos, sobre todo después del terremoto de 1985; no obstante, las falencias y vacíos en materia de regulación y planificación estatal favorecen la emergencia y predominio de la lógica del sector inmobiliario por sobre la estatal a partir de la creación y consolidación de la urbanización privada Dalvian en los años 70, a la vez que la continua aparición de asentamientos en las márgenes de la malla urbana y en terrenos expuestos a eventos

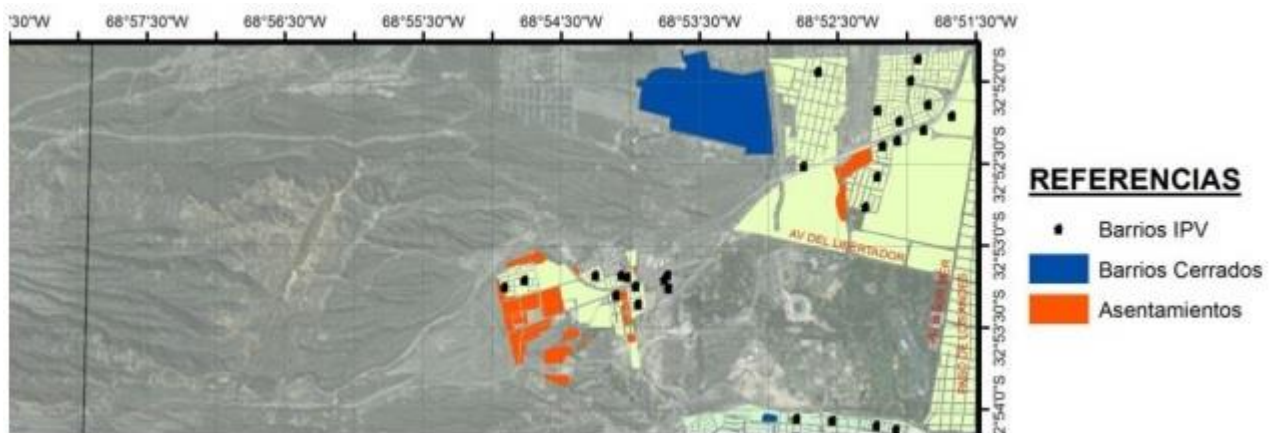
naturales destructivos indican que la necesidad de vivienda de los sectores pertenecientes a la base de la estructura social se encuentra no resuelta. En resumen, durante las últimas décadas se asiste a una ocupación del piedemonte “no controlada y fuertemente segregada sobre un soporte biofísico con importantes niveles de fragilidad ambiental y escasa oferta de bienes y servicios frente a usos urbanos en el área” (Fermani, 2015:47-48), en un proceso de producción del espacio urbano en el que predomina una lógica mercantilista de producción del espacio urbano que resulta en grandes desigualdades de condiciones y estrategias de vida entre distintos estratos y clases sociales, manifiestas en localizaciones geográficas específicas para cada uno.

5.1. Entornos urbanos del oeste de la ciudad de Mendoza: una breve caracterización

La vivienda adquiere un papel estratégico en la producción del espacio urbano, en tanto constituye el soporte físico-material de los hogares, sus estrategias de vida y su reproducción cotidiana, a la vez que se encuentra emplazada en un punto geográfico definido que la ubica en proximidad con otras viviendas y hogares durante determinado período temporal. Durante el período intercensal 2001-2010, la cantidad de viviendas en la ciudad se incrementó en un 55%, con amplio predominio de departamentos, mientras que su población se incrementó sólo un 3,6%. En el año 2010, el 15,4% de las viviendas del municipio se situaba en alguna de las fracciones censales que conforman el “oeste” de la ciudad, siendo las casas (82,6%) y departamentos (11,7%) los tipos más comunes, pero con una marcada incidencia de casillas y ranchos, tipologías asociadas a entornos marginales que en conjunto representan al 5,4% de las viviendas del área y al 77% del total de viviendas de este tipo de todo el departamento.

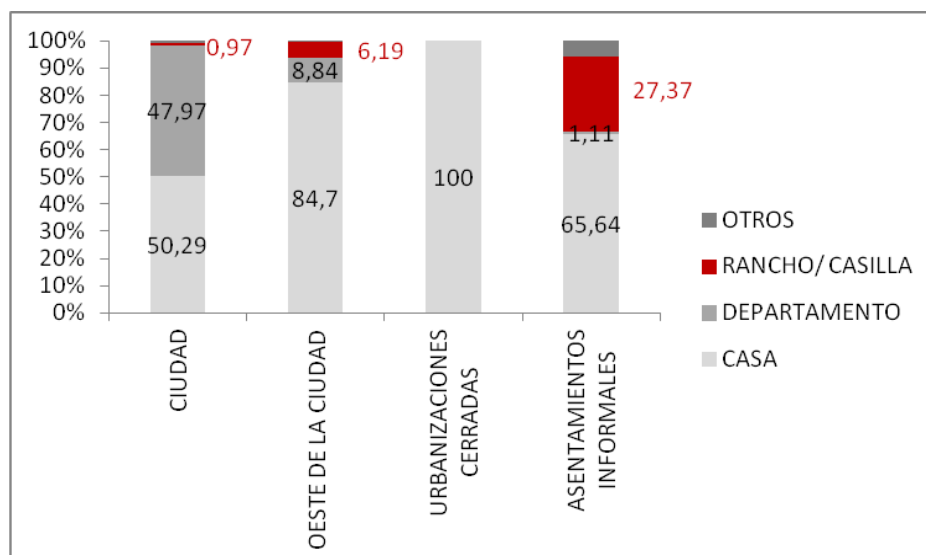
La alta heterogeneidad de los asentamientos residenciales característica del oeste de la ciudad propició la realización de una tipificación simplificada para conocer las dinámicas diferenciales de los hogares, siendo postulados tres grandes tipos de entornos urbanos de acuerdo a las principales lógicas estructuradoras del espacio urbano y tomando dos indicadores referidos a las viviendas (ver Tabla N°1): las urbanizaciones cerradas, los conjuntos habitacionales y los asentamientos informales. En el siguiente mapa puede observarse la localización geográfica de los mismos.

Figura N°1: Dinámicas urbanas predominantes en el área de estudio (fragmento)



Fuente: Fermani (2015:49)

Figura N° 2: Tipos de vivienda particular. Mendoza, 2010.



Fuente: Elaboración propia

El gráfico precedente nos muestra que entornos disímiles presentan diferentes tipos de vivienda particular en proporciones heterogéneas, observándose una significativa cantidad de ranchos y casillas en asentamientos y una nula cantidad de éstos en urbanizaciones cerradas. Sin embargo, teniendo en cuenta que la categoría “casa” es ampliamente mayoritaria en el oeste, es preciso indagar sobre la calidad de las viviendas: la proporción de viviendas con calidad constructiva insuficiente en radios censales conformados mayoritariamente por asentamientos es de un orden superior al 50%, mientras que en urbanizaciones cerradas prácticamente no tienen lugar. Además, el oeste de la ciudad como unidad contiene una proporción de viviendas con dicha

calidad constructiva en una proporción muy superior al promedio departamental, situación que muestra la incidencia de la falta de planificación y regulación estatal en las condiciones de vida de las personas.

Tabla N°2: Viviendas con calidad constructiva insuficiente (porcentaje). Mendoza, 2010

Porcentaje de Viviendas con calidad constructiva insuficiente	
CIUDAD DE MENDOZA	6,03
OESTE DEL DEPARTAMENTO	23,51
URBANIZACIONES CERRADAS	1,55
ASENTAMIENTOS IRREGULARES	71,82

Fuente: Elaboración propia

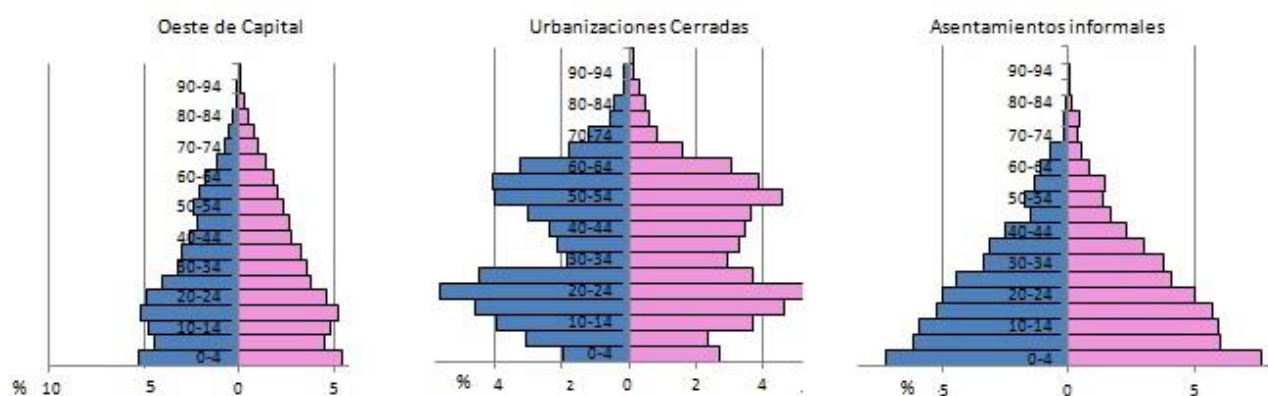
Suponiendo que las urbanizaciones cerradas y los asentamientos informales constituyen dos configuraciones cualitativamente disímiles que se corresponden con posiciones de clase asociadas a la cúspide y la base de la estructura de clases, se analizarán los comportamientos demográficos y las prácticas socio-educativas de la población que reside en estos entornos urbanos.

5.2. Estructura por edad y sexo de la población

La estructura por edad y sexo de una población es una configuración que refleja la composición de un grupo humano en un momento dado, que constituye el resultado del nivel y las fluctuaciones de los llamados fenómenos demográficos, es decir, de la fecundidad, la mortalidad y las migraciones (Torrado, 2007). Teniendo en cuenta que “grupos humanos homogéneos internamente desde el punto de vista de sus comportamientos individuales, pero diferentes respecto a otros grupos, poseen, por agregación, su propia dinámica demográfica” (Torrado, op.cit:16), podemos decir que diferentes pirámides de población muestran diferentes comportamientos reproductivos y migratorios así como la incidencia diferencial de la mortalidad para diferentes segmentos de población. En ese sentido, la ciudad de Mendoza se caracteriza por presentar una proporción de población en edades activas del orden del 66%, una

proporción de menores de 14 años inferior al promedio provincial (18,9%) y un significativo peso relativo de adultos mayores de 65 años (14,5%), lo que gráficamente se traduce como una pirámide con leve forma de urna funeraria que indica baja natalidad, baja mortalidad y un progresivo envejecimiento de la población de mantenerse los niveles de fecundidad actuales.

Figuras 3, 4 y 5: Pirámides de población residente en viviendas particulares por edad en grupos quinquenales y sexo, 2010.



Fuente: Elaboración propia

El oeste de la ciudad de Mendoza presenta en promedio una estructura etaria más joven que la departamental, pero si nos alejamos de los promedios y analizamos la dinámica de los diferentes entornos urbanos nos adentraremos en disímiles realidades: la pirámide correspondiente a urbanizaciones cerradas muestra un importante sesgo que indica un gran peso relativo de adultos jóvenes y de adultos comprendidos entre los 45 y 65 años, baja fecundidad y una significativa proporción de adultos mayores de 80 años (1,77%); mientras que la pirámide asociada a los asentamientos informales presenta una base ancha, indicador de estructura etaria “joven” como resultado de una fecundidad superior al promedio, y un menor peso relativo de adultos mayores, sobre todo de mayores de 80 años (0,41%). Respecto al sexo, las pirámides poseen un leve sesgo a favor de la población femenina, arrojando una relación de masculinidad equilibrada, es decir, levemente inferior a 100 varones por cada 100 mujeres.

Estas observaciones nos sugieren que el acceso a los servicios de salud y a condiciones de vida adecuadas es desigual, manifestándose notoriamente en la incidencia de mortalidad a edades más tempranas sobre el grupo de los adultos mayores

que residen en asentamientos respecto de aquellos que residen en otros entornos. A su vez, debe indagarse en profundidad sobre las causas de los diferenciales que adquiere el comportamiento reproductivo en los grupos que habitan en diferentes entornos para determinar el peso específico que ejercen los factores sanitarios, culturales, etc., en dichas configuraciones. Lamentablemente no se cuenta con datos que permitan conocer la fecundidad para grupos de edad a un nivel tan desagregado territorialmente, pero inferimos que un comienzo más temprano de la vida reproductiva sumado a una mayor cantidad de hijos por mujer podría explicar la significativa proporción de niños en los asentamientos informales.

5.3. Condiciones de vida

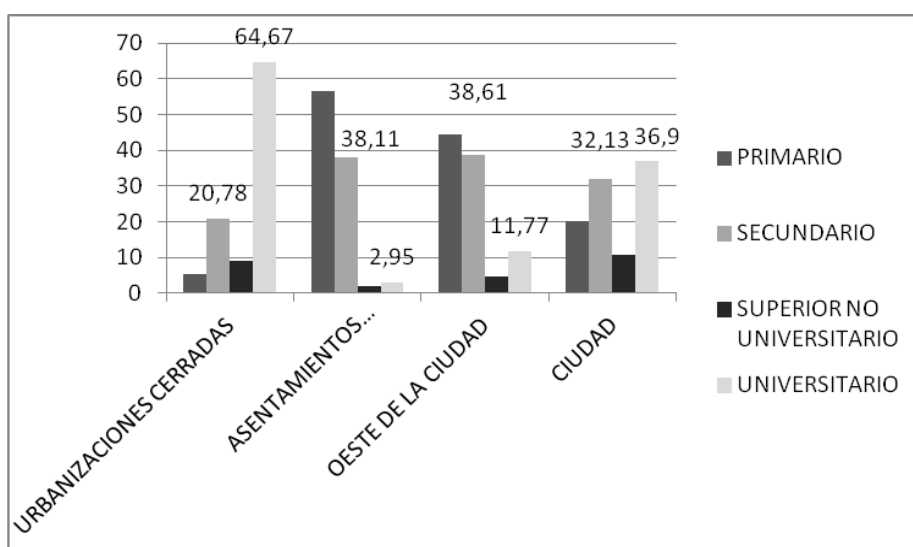
Un indicador para identificar grupos de personas en condiciones críticas de privación material de ciertas dimensiones consideradas como básicas para la reproducción diaria de la vida lo constituye el que mide las Necesidades Básicas Insatisfechas. Entendiendo que las condiciones de vida no determinan la posición de clase, sino más bien éstas se encontrarían asociadas (aunque no de modo lineal) a cada uno de los “puestos” que conforman la estructura de clases y al tipo de inserción socioproductiva de las personas en la esfera económica, suponemos que condiciones de vida privativas o de “pobreza estructural” se anudarían a las posiciones más bajas del sistema de estratificación y a inserciones en sectores informales de la economía.

El oeste de la ciudad de Mendoza, con la importancia que posee la lógica de la necesidad en la estructuración de considerable parte de su territorio, lógicamente presenta una proporción de hogares con NBI ampliamente superior al promedio departamental. Adentrándonos en las diferencias, mientras las urbanizaciones cerradas tienden a no mostrar rasgos asociados a condiciones de vida privativas, los asentamientos informales las presentan en una proporción cercana a los 3 hogares de cada 10 para el año 2010. No obstante, durante el último período intercensal disminuyó notablemente la incidencia de la pobreza estructural en los barrios del oeste, ya que pasó del 19,9% al 12,3% de los hogares asentados en este segmento urbano, lo que podría estar denotando una mejora en las condiciones de vida de la base de la pirámide social asociada a mejores condiciones de trabajo de los jefes de hogar o, inclusive, un fenómeno de movilidad social intrageneracional.

5.4. Educación y trabajo

La educación constituye el principal proceso mediante el cual se reproduce cualitativamente la fuerza de trabajo de acuerdo a las características concretas que asume la demanda de trabajadores en el mercado de trabajo. Esto implica que, si bien el acceso a determinadas posiciones ocupacionales requiere necesariamente de ciertas habilidades, entrenamiento o aval de credenciales educativas, poseerlos no garantizan por sí mismos una inserción ocupacional acorde ni garantizan movilidad social ascendente. A su vez, otros empleos no necesitan de dichas credenciales, como ocurre con una proporción importante de tareas de índole operativa o no calificada requeridas por el mercado de trabajo en los límites de lo formal e informal.

Figura N°6: Máximo Nivel educativo alcanzado. Población mayor de 15 años. Mendoza, 2010



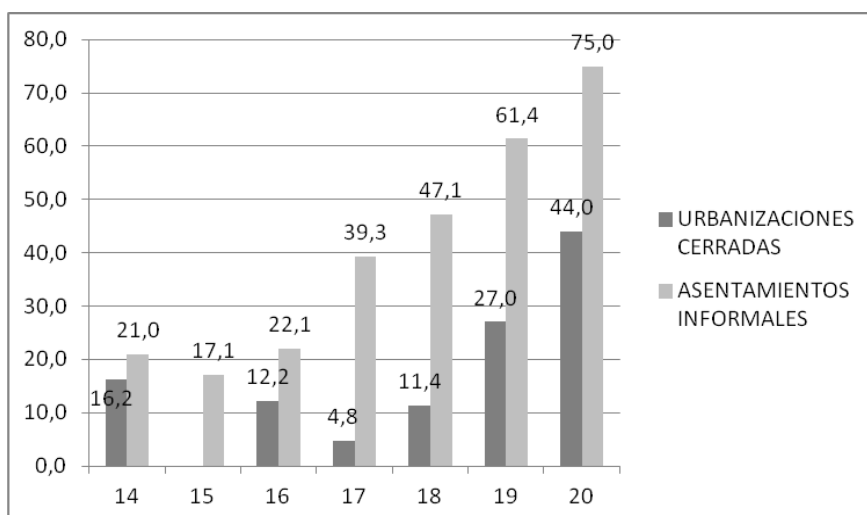
Fuente: Elaboración propia

Urbanizaciones cerradas y asentamientos muestran dos tendencias diametralmente opuestas: en el primer entorno el 65% de las personas alcanza el nivel superior, asociado a ocupaciones técnicas y profesionales, mientras que en asentamientos el 56,1% no supera el nivel primario, asociado a tareas escasamente calificadas que se corresponden con ocupaciones situadas en el extremo inferior de la estructura de clases.

Intentando esbozar una tendencia futura, analizamos el nivel de actividad de

jóvenes menores de 20 años. Entendemos que para ese grupo etario, insertarse en el mercado de trabajo puede incidir negativamente en las probabilidades de alcanzar las credenciales educativas operativas que provee la finalización del nivel secundario, requeridas para ocupaciones asociadas a clases intermedias. Se comprueba que existe un porcentaje activo de jóvenes de asentamientos marcadamente superior para todas las edades respecto a los provenientes de urbanizaciones cerradas, lo que sugiere que los primeros continuarán alcanzando niveles educativos superiores en menor proporción que los segundos. Esto lleva a pensar que la brecha en los años de escolarización, incluso su correlato en las posiciones de clase, podría reducirse en el tiempo pero no hacer desaparecer las desigualdades de origen que se configuran entre distintos grupos.

Figura N°7: Nivel de actividad por edades. Mendoza, 2010.



Fuente: Elaboración propia

6. Conclusión

El esfuerzo precedente por caracterizar los comportamientos demográficos y prácticas sociales que se configuran sobre una porción del territorio urbano marcada por profundas desigualdades sociales, amplificadas por la cercanía geográfica pero no social de los grupos que lo habitan, es el paso inicial para indagar sobre los procesos de larga duración que producen y re-producen constantemente a lo largo del tiempo al territorio y a los agentes que participan en su estructuración, configurando la continuidad/ cambio de la estructura social. La incorporación del enfoque territorial se muestra fructífero, ya que toman cuerpo e historicidad múltiples diferenciaciones sociales y económicas que

ejercen efectos diferenciales sobre algunos grupos más que otros y que pasan desapercibidas ante el uso y abuso de los promedios como el modo más usual para cuantificar dinámicas demográficas, educativas y laborales. Hablar de entornos urbanos remite no sólo a características morfológicas de las viviendas y barrios, sino que ahora pasa a constituir una denominación referida a una realidad multidimensional compleja que se asocia también con la inserción ocupacional de sus habitantes. En ese sentido, redefinir y pulir el concepto para interpretar adecuadamente la realidad en otros contextos urbanos de segregación residencial del Gran Mendoza constituye una tarea a ser realizada en el corto plazo.

Por otro lado, parece viable pensar en realizar el ambicioso intento de estimar las dinámicas demográficas de los distintos estratos y clases sociales que residen en el aglomerado urbano Gran Mendoza como un paso intermedio para adentrarse en la aún más ambiciosa tarea de determinar los rasgos principales de la oferta de fuerza de trabajo existente para el mercado de trabajo local, así como los diferentes componentes que definen a la movilidad social durante el período pos-convertible. Existiendo recientes investigaciones sobre movilidad social en el Área Metropolitana de Buenos Aires, es lícito proponerse el desarrollo de métodos e instrumentos que permita captar estos procesos históricos de larga duración en el cuarto aglomerado urbano más poblado del país.

Resulta ineludible continuar abordando teórica y empíricamente la relación entre clases sociales y estructura urbana en el marco del patrón de acumulación neoliberal o posdesarrollista de modo multidisciplinar, indagando profundamente sobre las especificidades propias de las sociedades latinoamericanas actuales y sus ciudades cada día más desiguales, revalorizando la producción teórica ya existente generada en la región. Los estudios sobre diferenciación territorial socio-económica basados en las condiciones de vida y/o en los ingresos tienden a explicar coyunturalmente la desigualdad, ya que ofrecen una batería de técnicas estadísticas para cuantificar dicha diferenciación y así comparar áreas urbanas, pero omiten incorporar un enfoque territorial que integre disciplinas múltiples y otorgue historicidad al análisis, por lo que se obtienen magníficas descripciones que no consiguen explicar los procesos sociales reales que llevaron a esa diferenciación. Intentar explicar la diferenciación y segregación residencial sin remitirse al mercado de trabajo y la estructura productiva en

el plano local como hilo explicativo sólo podría realizar nuevos aportes pero siempre en el plano descriptivo.

Por último, en contextos en que la lógica mercantilista domina amplias esferas de la vida económica y social, impulsar la discusión sobre el rumbo que toman nuestras ciudades desde un punto de vista distinto al dominante se torna urgente: contribuir desde el ámbito académico no sólo desde el punto de vista técnico en la planificación urbana y el desarrollo o mejoramiento de sus instrumentos, sino también desde una posición en favor de lógicas de apropiación territorial no mercantilistas, a favor de los intereses de aquellos que a través de las prácticas reales que despliegan en el territorio crean y re-crean su hábitat y el espacio urbano, pero que muchas veces se ven excluidos del mercado de trabajo, del acceso a bienes urbanos, de su derecho a la ciudad.

7. Bibliografía

Abramo, P. (2003). La teoría económica de la favela: cuatro notas sobre la localización residencial de los pobres y el mercado inmobiliario informal. *Ciudad y Territorio: Estudios territoriales*, 136-137, 273-294. Recuperado de: https://www.researchgate.net/publication/237658208_La_teor%C3%ADa_econ%C3%B3mica_de_la_favela_cuatro_notas_sobre_la_localizaci%C3%B3n_residencial_de_los_pobres_y_el_mercado_inmobiliario_informal_1

Canales, A. (2007). La demografía latinoamericana en el marco de la postmodernidad. *Revista Latinoamericana de Población*, 1(1), 17-33.

Castells, M. (1974). Clase, Estado y marginalidad urbana. En Castells, M. (comp.) *Estructura de clases y política urbana* (1° ed). Buenos Aires, Argentina: Ediciones S.I.A.P.

Castells, M. (2004). *La cuestión urbana*. México: Siglo XXI.

Chávez Molina, E. (2013). Desigualdad y movilidad social en un contexto de heterogeneidad estructural: notas preliminares. En: E. Chávez Molina (comp.) *Desigualdad y movilidad social en el mundo contemporáneo. Aportes empíricos y conceptuales: Argentina, China, España, Francia* (1ra ed., pp. 117-138). Buenos Aires: Imago Mundi.

Chávez Molina, E. & Sacco, N. (2014) *Estructura de clases basada en la heterogeneidad estructural. Su evolución distributiva en los últimos 20 años*. III Jornadas Nacionales sobre estudios regionales y mercado de trabajo: Universidad Nacional de Jujuy. San Salvador de Jujuy. Recuperado de: <https://www.aacademica.org/iii.jornadas.nacionales.sobre.estudios.regionales.y.mercado.s.de.trabajo/12.pdf>

Dalle, P. (2010). Estratificación social y movilidad en Argentina (1970-2010). Huellas de su conformación socio-histórica y significados de los cambios recientes. *Revista de Trabajo*, 6 (8), 59-82. Recuperado de: http://www.trabajo.gob.ar/left/estadisticas/descargas/revistaDeTrabajo/2010n08_revista

Dirección de Estadísticas e Investigaciones Económicas- DEIE. *Cartografía Censal Censo Nacional de Población, Vivienda y Hogares 2001*. Recuperado de: http://www.deie.mendoza.gov.ar/publicaciones/detalle_publicaciones.asp?filtro=Cartograf%EDa+C%2EN%2EP%2E+y+H%2E+2%2E001&id=34

Feito Alonso, R. (1995). *Estructura social contemporánea. Las clases sociales en los países industrializados*. Madrid: Siglo XXI.

Fermani, S. (2015). *Procesos de segregación residencial, configuración de escenarios de riesgos naturales y políticas socioambientales. El caso del piedemonte de los departamentos de Capital y Godoy Cruz de la provincia de Mendoza* (tesis de maestría). Facultad de Ciencias Políticas y Sociales- Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.

Filgueira, C. & Geneletti, C. (1981). Estratificación y movilidad ocupacional en América Latina. *Cuadernos de la CEPAL*, 39, Santiago de Chile: Organización de las Naciones Unidas- CEPAL.

Germani, G. (1967). La ciudad como mecanismo integrador. *Revista Mexicana de Sociología*, 29(3), 387-406.

Germani, G. (1974). *Estructura social de la Argentina*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones Solar.

Goldberg, M. (2000). Transferencia intergeneracional de la pobreza, educación y dinámica demográfica: algunas aproximaciones empíricas. *Serie Informes de Investigación publicados*, 10. Buenos Aires, Argentina: Facultad de Ciencias Sociales, UBA.

Harvey, D. (1972). *Urbanismo y desigualdad social*. Madrid: Siglo XXI Editores.

Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (1991). *Censo nacional de población, hogares y viviendas*.

Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (2001). *Censo nacional de población, hogares y viviendas*.

Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (2010). *Censo nacional de población, hogares y viviendas*.

Janoschka, M. (2002). El nuevo modelo de la ciudad latinoamericana: fragmentación y privatización. *Eure*, 28 (85)

Kessler, G. & Espinoza, V. (2003). Movilidad social y trayectorias ocupacionales en Argentina: rupturas y algunas paradojas en el caso de Buenos Aires. *Serie Políticas Sociales*, 66. Santiago, Chile: CEPAL.

Lamy, B. (2006). Sociología urbana o sociología de lo urbano. *Estudios Demográficos y Urbanos*, 1(21), 211-225. Recuperado de: <http://www.redalyc.org/pdf/312/31200108.pdf>

Linares, S. & Lan, D. (2007). Análisis multidimensional de la segregación socioespacial en Tandil (Argentina) aplicando SIG. Instituto Universitario de Geografía. Universidad de Alicante. *Investigaciones geográficas*, 44, 149-166.

Link, F., Valenzuela, F. & Fuentes, L. (2015). Segregación, estructura y composición social del territorio metropolitano en Santiago de Chile. Complejidades metodológicas en el análisis de la diferenciación social en el espacio. *Revista de Geografía Norte Grande*, 62, 151-168.

Marcos, M. (2009). Territorios fragmentados. La segregación socio-espacial en la Aglomeración Gran Buenos Aires (1970-2000). *Serie Informes de Investigación*, 18. Buenos Aires, Argentina: Facultad de Ciencias Sociales, UBA. Recuperado de: <http://www.catedras.fsoc.uba.ar/demografiasocial/infodeinv/III18.pdf>

Marcos, M., Mera, G. & Di Virgilio, M.M. (2015). Contextos urbanos de la Ciudad de Buenos Aires: una propuesta de clasificación de la ciudad según tipos de hábitat.

Papeles de Población, 84, 161-196. Recuperado de:
<http://www.redalyc.org/pdf/112/11239488007.pdf>

Molina Derteano, P. (2012). Primeras aproximaciones para el estudio de los procesos de estratificación en los aglomerados urbanos en Argentina. *Revista Confluencia*, 13, 55-82. Recuperado de: http://bdigital.uncu.edu.ar/objetos_digitales/5628/revista-confluencia2012-13-003-derteano.pdf

Molina Derteano, P. (2015). Segmentación residencial e informalidad económica: un ejercicio de tipologías. *Revista Perspectivas de políticas públicas*, 9, 89-115

Pradilla Cobos, E. (1984). *Contribución a la crítica de la “teoría urbana”: del “espacio” a la “crisis urbana”* (1° ed.). México: Universidad Autónoma Metropolitana Xochimilco.

Pradilla Cobos, E. (2014). La ciudad capitalista en el patrón neoliberal de acumulación en América Latina. *Cadernos Metrópole*, 16(31), 37-70. Recuperado de: http://www.emiliopradillacobos.com/articulos/2014_la_ciudad_capitalista_en_el_patron_neoliberal_de_acumulacion_en_america_latina.pdf

Rodríguez Vignoli, J. (2001). Segregación residencial socioeconómica: ¿qué es?, ¿cómo se mide?, ¿qué está pasando?, ¿importa? *Serie Población y Desarrollo*, 16, Santiago de Chile: Organización de Naciones Unidas- CEPAL.

Salvia, A. & Gutierrez Ageitos, P. (2013). La estructura social del trabajo en Argentina en el cambio de siglo: cuando lo nuevo no termina de nacer. *Papeles de Población*, 19(76), 163-200. Toluca: Universidad Autónoma del Estado de México. Recuperado de: <http://www.scielo.org.mx/pdf/pp/v19n76/v19n76a6.pdf>

Sautu, R. (2012). Reproducción y cambio en la estructura de clase. *Entramados y Perspectivas*, 2(2), 127-154. Recuperado de <http://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/entramadosyperspectivas/article/viewFile/134/118>

Torrado, S. (1992). *Estructura social de la Argentina 1945-1983* (1° ed.). Buenos Aires, Argentina: Ediciones de la Flor.

Torrado, S. (comp.) (2007). *Población y bienestar en la Argentina del primero al segundo Centenario. Una historia social del siglo XX*. Buenos Aires: EDHASA.

Villaça, F. (2012). *Reflexões sobre as cidades brasileiras*. São Paulo: Studio Nobel.